Confesión

Akuma

Image not found.

Capítulo 1

Y aquí estoy de nuevo, confesando mis pecados y mis penas ante la única que escucha sin juzgar, sin reprochar, estoicamente escucha cada idiotez que escupo y cada blasfemia que lanzo.

Aquella inerte botella de alcohol, podía cambiar de forma, de aroma y de sabor, pero en esencia siempre es ella misma. Esta podría ser una escena normal, una constante para la madrugada de un sábado, pero esta vez es diferente.

El alcohol limpia las heridas como lo ha hecho siempre, aunque lamentablemente no puede hacer nada por las cicatrices, pero esta vez no soy yo quien se encarga de servir cada copa, esta vez es un elegante y amable mesero quien se encarga de llenar mi copa cada vez que esta se encuentra vacía.

–Uno esperaría ver a alguien a su corta edad en una situación diferente – me dijo aquel hombre, sin perder la sonrisa casi burlona de su rostro.

–Nunca dejes que te engañe la edad –respondí–normalmente el alma envejece mucho más rápido que el cuerpo.

–Eso me queda muy claro solo con verlo –dijo mientras llenaba mi copa–lo puedo ver en sus ojos, su cuerpo es joven, pero su alma ya perdió la cuenta de cuantos años tiene, incluso, puedo ver como cada trago suma un año más a su alma.

–En eso te equivocas –respondí luego de beber–no es el alcohol el que envejece, son los pecados, cada pecado envejece el alma, y claro, depende del pecado que tanto envejezca.

–De ser así, usted sería un gran pecador –dijo aquel hombre, sin esbozo de culpa–¿cómo podría diferenciarse usted del traidor Judas?

–Sencillo, Judas nunca tuvo elección, el cumplió su papel, la divina tarea que le fue encomendada para que los designios de dios se cumplieran a cabalidad.

–¿Y usted ha tenido elección?

–En la mayoría de los casos, y han sido mis elecciones las raíces de mis pecados, cada persona que traicione, todos a los que lastime, cada vez que hice lo que no debía sin importarme más que yo mismo, y son esos recuerdos los que atormentan mi alma y la envejecen.

–Me temo que usted no entiende muy bien sus propios pecados.

*–¿No lo hago? –había algo en la cara del mesero que me parecía diferente
–¿podría decirme entonces cuales son mis pecados?*

–Pasa algo curioso con la gente como usted, no entienden el pecado, y se creen así mismos pecadores porque alguien más les dijo que lo eran, pero mi joven amigo, ustedes nunca terminan de verse a si mismos, nunca terminan de entender el peso de sus almas, y es usted el mejor ejemplo de esto.

–Habla como si conociera todas mis penas –cada vez había algo más perturbador en la cara de aquel sujeto, algo que me llenaba de miedo, así que comencé a levantarme muy despacio.

*–claro que las conozco –dijo mientras agarraba mi antebrazo con una mano decrepita, helada, podía sentir el frío aun bajo mi chaqueta–
presencie cada uno de sus pecados, desde el mas sencillo hasta el más vil.*

Comencé a forcejear para soltarme de aquel agarre, pero era imposible, era como si tuviera una prensa sujetándome. El rostro del mesero ahora esbozaba una enorme sonrisa, incomoda y tétrica, sus facciones no eran las mismas de antes, era mi rostro el que se dibujaba en aquella figura.

–Tus pecados no son lo que hiciste, sino lo que no hiciste, cada beso que no diste por miedo, todo el tiempo que perdiste llorándole a una botella, cada palabra nunca dicha y cada oportunidad perdida, cuando tuviste la oportunidad de amar y no lo hiciste, cuando te amaron y lo despreciaste, esos son tus pecados, es eso lo que marca tu alma, lo que le da un peso insostenible, lo que tiño de el sepia mas añejo las paginas blancas de tu historia.

Mientras que lo que alguna vez fue un mesero continuaba hablando, sus ojos comenzaron a salir de sus cuencas, como si se derritieran, hasta que solo quedó un macabro retrato de mí mismo, que me miraba a pesar de no tener ojos, llenándome del miedo más profundo.

*–**Hay un ultimo pecado** –dijo una voz completamente distorsionada, que provenía de aquella figura, la cual ahora no movía los labios, solo me contemplaba con su macabra sonrisa –**un ultimo pecado que resume tu miserable vida, uno que te trajo aquí, a un sitio al cual no recuerdas como llegaste, a beber un trago sin sabor de una botella que no sabes como obtuviste, a ser atendido por una persona que no sabes de donde salió, tu mayor pecado fue vivir como difunto cuando aún vivías, fue no ver más allá de ti, tu mayor pecado fue***

no a ver vivido mientras estabas vivo.

Luego de escuchar aquella frase lo recordé todo, recordé con más fuerza mi sufrimiento, recordé el dolor que me generaba vivir, me di cuenta que no recordaba nada desde el frio filo de la navaja recorriendo mi cuello, luego simplemente aparecí en este sitio, sin puertas ni ventanas, sin paredes, sin nada mas que una mesa una copa y una botella.

Recordé todo esto mientras aquella aterradora sonrisa se separaba, dejando ver un montón de afilados dientes que se abalanzaban hacia mí, expeliendo un hedor a podredumbre de las fauces de aquel inmundito ser, y aquella imagen de pesadilla, la inmundicia y el terrible dolor de ser un alma devorada fue lo ultimo que llegue a sentir, fue hasta este momento que recordé lo que significaba estar vivo, a pesar de ser ya demasiado tarde.